

bosque de Bion, hallado por Estéban Gras en la cuesta de la capilla, por Matías Reynaud en la cruz de Sceaux-D'Ebde, por Isabel Delaigne en la salida del bosque, es para cada uno de ellos el mismo hombre. Se alegan las tergiversaciones de Claudio Reynaud, se le acusa de falso testimonio; pero ¿quién será el sobornador? Claudio Reynaud pagó su tributo al achaque del país: tuvo miedo. Pero á la vez que en un primer careo parecia que no conocia á Besson, describió su traje, ese pantalon de pana que aun lleva. Al juez de instruccion corresponde averiguar la verdad, ver si el hombre de pantalon de pana es el que está ahí presente, si el hombre de las huellas de zapatos sin clavos es el mismo que en 1.º de setiembre tenia malos los piés y no podia andar sino con un calzado delicado y fino. Reynaud no dijo al pronto toda la verdad: convenido; pero desde el primer momento refirió circunstancias materiales respecto de las cuales nunca ha variado; en cada declaracion ha añadido nuevas circunstancias que no ha retractado. La declaracion no ha variado, ha sido progresiva. Inmediatamente despues del asesinato, mas atrevido delante de los suyos que delante del juez, se confió á Boiton, á Arnaud, á Vidal Reynaud, á Rosa Charlonier, á Andrés Exbrayat, á Pedro Breh. El 4 de setiembre dijo á Pedro Exbrayat: «El hombre á quien ví pasar, fue el que dió el golpe; *era Santiago.*» ¿Estaba comprado entonces? Un solo testigo ha procurado anular esa declaracion formidable, y ha sido Santiago Bernard, ese digno colega de Arzac! ¡Y esclamais con terror que el suelo tiembla bajo nuestros piés! ¿Ha sido para darle solidez para lo que le habeis empedrado con falsos testimonios?

En cuanto á Matías Reynaud, dicen que al pronto no nombró á Besson. Sí, el tambien creyó en la impotencia de la ley. No habló sino por tiempos, gradualmente; todo lo hubiera dicho á la justicia, si la muerte no le hubiese sorprendido. Pero se lo dijo todo á otros, á Boiton, á Santiago Vidal, á Laporte. Les confió con terror el nombre de aquel á quien habia visto y que le amenazó. En Puy, hallándose de guarnicion, al hablar con Pambourg pudo suprimir la amenaza y los terrores. Contradiccion aparente tan solo, vanidad de soldado. En el fondo la declaracion es la misma, y tanto se ha temido ese testimonio, que se ha procurado acallar su voz; Mateo Reynaud ha bebido *del dinero de las señoras.*

Tambien se temian las revelaciones de Isabel Delaigne. Recordad la conversacion de la plaza de Martouret.

Asi, pues, se vió á Besson ir á Chamblas. Aun no es eso todo: Pugin le oyó volver. Todo está aclarado. Queda una prueba, la mas poderosa quizás; ese pantalon acusador que han hecho desaparecer.

A todo eso, ¿qué se opondrá? ¡La *coartada!* el último recurso de las defensas desesperadas. ¡La *coartada!* concesiones de la debilidad ó de la condescendencia, recuerdos inseguros que fortalecen hábilmente, quizás tambien la influencia secreta de esos 30,000 francos que se han tomado prestados bajo hipoteca sobre los bienes de las señoras de Chamblas: hé ahí los elementos de esos testimonios de sastres y

cocineras, de los compañeros y amigos de Besson. A la cabeza de esa lista de testigos enviada por madama Teodora, ¿por qué no se ha escrito el nombre de las mismas señoras? ¡Cómo! ¡Teniais la certidumbre de la inocencia de ese hombre, le habeis hablado en la misma hora en que se estaba cometiendo un crimen, con una sola palabra podiais salvarle, y os callais! Viuda de Marcellange, ¿temeis que vuestro testimonio se considere como sospechoso? ¡Hablad, señora! ¡En nombre de la verdad, en nombre de la justicia, en nombre de Dios, hablad! ¡Guardais silencio! Vuestro nombre es harto noble, quizás, para figurar en una lista de testigos. Pero al menos inscribid en ella el de vuestra doncella de confianza. ¡No! Maria Boudon permanece muda como vos.

Pero, ¿quién detenia á esas mujeres en los umbrales de la justicia? ¿Quién les decia que su testimonio no tendria valor alguno? ¡Ah! lo sé muy bien: es que Besson estaba en Chamblas. Por eso es por lo que se ha preferido testigos asalariados.

Asi pues, todo acusa á Besson, todo, hasta la misma tumba. En los antiguos tiempos, cuando la fé reinaba en las almas, cuando la pompa de las ceremonias religiosas ejercia sobre los corazones su poder soberano, para buscar á los autores de un crimen se solia recurrir á un medio distinto de las sábias pero lentas investigaciones de una instruccion criminal. El cadáver ensangrentado era conducido á la nave de la iglesia; encendíanse en torno suyo los cirios benditos, y los himnos de los muertos resonaban bajo las sagradas bóvedas; luego, en medio de aquella solemnidad fúnebre, ante la vista de un pueblo reunido en silencioso recogimiento, se acercaban lentamente, uno despues de otro, todos aquellos contra quienes habia indicios, y poniendo la mano sobre la herida entreabierta, por medio de las palabras consagradas tomaban al Cielo por testigo de su inocencia. La sangre, volviendo á liquidarse, habia de correr bajo la mano sacrilega del asesino. ¡Ah! ¡Sin duda alguna no se realizaba el milagro! Pero el terror se hallaba sentado á los piés del cadáver, el ala del ángel de la muerte se estremecia junto á aquel féretro abierto, y cuando el asesino se acercaba, su mano helada no podia estenderse para jurar, y cada cual podia leer su crimen escrito en la palidez de su rostro.

¡Pues bien, Besson ha sufrido esa prueba, y ella le condenó!

Entró en aquella estancia llena de dolor y desolacion en que yacia el cadáver de Marcellange; entró en ella con el odio en el corazon, con la alegría de una venganza satisfecha reflejada en sus ojos. ¡Su mirada pasó sobre el ataúd, y en aquel breve instante el ataúd le denunció!

Señores, aun no ha terminado nuestra tarea. Hay que alcanzar á otros culpables. La familia con cuyos piadosos esfuerzos hemos asociado los nuestros, solo se halla en la mitad de su obra; pero por muy lenta que la justicia se muestre, sabemos que al fin llega su hora!

Inútil es que las posiciones elevadas se crean seguras y confien.